EL PRIMER BESO.

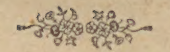
DRAMA EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE

D. PEDRO MARQUINA.

REPRESENTADO POR PRIMERA VEZ CON ESTRAORDINARIO APLAUSO EN EL TEATRO SALON ESLAVA EL DIA 6 DE FEBRERO DE 1872.



MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE P. ABIENZO,
CALLE DE LA PAZ, NÚM. 6, LIBRERÍA.

1872.

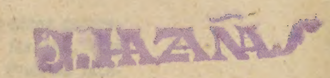
PERSONAJES.	ACTORES.
RITA	SRTA. VEDIA.
BALBINA	SRA. LLORENTE.
JOSÉ	SR. MARISCAL.
ANSELMO	» CHACEL.
JAVIER	» LOPEZ RUIZ.
COLÁS	» MESEJO.

La accion pasa en un pueblo de Castilla. Empieza á las siete de la mañana y concluye á las ocho de la noche del mismo dia.—Época actual.

Á LA EXCMA. SEÑORA

DUQUESA DE MEDINACELI,

PROTECTORA DE LAS LETRAS



Y

LAS ARTES ESPAÑOLAS.

El Autor.

Madrid 12 de Febrero de 1872.

ACTO PRIMERO.

Sala baja sencillamente amueblada á la antigua y como corresponde á la posicion de un labrador de escasa fortuna. Una mesa con libros, papeles y recado de escribir. Puertas laterales y una al foro, por la cual se divisan los árboles de un huerto.

ESCENA PRIMERA.

JAVIÉR sentado á la mesa, estudiando en un libro. ANSELMO entrando por el foro con avíos de caza.

ANS. Bien, Javier, así me gusta,
que andes con el libro á vueltas.
JAV. Son ya las siete.
ANS. Me place
esa aplicacion.
JAV. Es fuerza
que estudie para ordenarme
puesto que usted lo desea.
ANS. Y tú debes desearlo
como yo: toda la aldea
dice que eres un talento,
y es justo que así lo crean.
JAV. Un talento. (Con desden.)
ANS. Si señor.
JAV. Padre, la gente labriega
¿qué sabe?..
ANS. Pero el barbero,

que es organista y albéitar,
y escribe coplas y motes,
dice que es mucha tu ciencia,
y habla de tí como un libro.

JAV. ¿No ha de hablar si es sacamuelas?

ANS. ¡Javier! (Con enojo.)

JAV. Perdone usted, padre.
(Siempre la misma dureza.)

ANS. Desde que has vuelto al lugar,
parece que te sublevas
contra mí.

JAV. Yo no he pensado
nunca...

ANS. Sabes que me altera
que en casa me alcen la voz.

JAV. Yo...

ANS. Me tienes obediencia,
y sé que sabes cumplir
con lo que el deber te ordena.
Pero si llegase un dia
en que desobedecieras
mis mandatos ¡ay de tí!
severo el castigo fuera.
Lo digo porque parece
que hace algun tiempo te encuentras
indeciso y descontento,
de ser cura con la idea.

JAV. No señor.

ANS. Mas de dos años
se han pasado entre promesas
y escusas, por no ordenarte:
me callé, y esta es la fecha
en que aun te veo, Javier,
sin las órdenes primeras.

JAV. No se altere usted por eso,
que pronto el mal se remedia.

ANS. ¿Te ordenarás?

JAV. Si señor.
(¿Qué otro remedio me queda?)

ANS. Así me gustas.

JAV. Si anduve

dilatando el caso, era,
(mis profesores lo saben)
por evitarme molestia.
¿Por qué ha de hacerse en dos veces
lo que con una se arregla?

ANS. Bueno, bueno; en ese punto
puedes hacer lo que quieras;
ya sabes que para todo
tienes libertad completa,
con tal que no te separes
ni tanto así de mi idea. (Accion adecuada.)

JAV. Nunca tuve esa intencion
y aunque usted dude...

ANS. Dispensa;
como te ví contestarme
disgustado...

JAV. Me molesta
que hablen de mí...

ANS. Con un padre
esos repulgos se dejan.
Yo sé que sabes, y en fin,
te costeo una carrera,
regando con mi sudor
los surcos que abro en la tierra,
y de mirarte hecho un cura
justo es que tenga impaciencia.

JAV. Eso ya es distinto.

ANS. Ahí tienes
á tu tio, un calavera
antes de estudiar; que andaba
haciendo ascos á las letras,
hasta que el padre le dijo
—«á ser cura y juegos fuera;»
púes hijo, fué al seminario,
allí sentó la cabeza,
y ayer volvió á esta su casa,
tras de veinte años de ausencia,
hecho todo un cura párroco,
que no es un grano de arena;
y pensando en ser canónigo
muy pronto; buena prebenda

vas á tener, porque tú,
sin que esto murmurar sea
de mi hermano, sabes mas:
pues no has de saber!

JAV. (Con modestia.) ¡Qué!..

ANS. Buena
fortuna vas á juntar
y buena vejez me espera.
Por mas que los hombres digan
Dios al hombre honrado premia

JAV. (¡Oh egoismo!)

ANS. Un hijo cura;
toda mi esperanza es esta.

ESCENA II.

JAVIER, ANSELMO, BALBINA por el foro.

BAL. Buenos dias.

JAV. (¡Oh!) (Al verla; con dolor.)

ANS. Adelante,
Balbina, buenos los tengas.

(JAVIER se retira á la mesa y vuelve á su estudio.)

BAL. (¡Ni aun me ha mirado el ingrato!)

ANS. Mucho madrugas.

BAL. La abuela
supo que mosen José
vino á noche.

ANS. Sí.

BAL. Desea
saber si se encuentra bueno
y quiere que vaya á verla.

ANS. Es cosa muy natural;
pero hija, son muchas leguas
las que ha corrido por vernos
despues de tan larga ausencia,
y es preciso que descanse.

BAL. Sí; déjele usted que duerma;
no tengo prisa ninguna
y esperaré.

ANS. Como quieras;

Javier te hará compañía.
BAL. Es igual.
ANS. Voy á que encienda
mi mujer la lumbre; traigo
aquí una media docena
de tordos, que están muy buenos
como los arregla ella.
BAL. ¿Ha ido usted de caza?
ANS. Sí;
rato hace que estoy de vuelta.
BAL. Se habrá cansado.
ANS. No mucho:
he andado media legua
escasa
BAL. Pero á sus años
no es conveniente faena
la caza.
ANS. Verdad es, hija,
que ya los años me pesan;
pero es preciso obsequiar,
sobre todo en nuestra mesa,
al huésped; conque ahí te dejo.
(Un retrato es de la muerta.)
(Vase por la izquierda.)

ESCENA III.

BALBINA, JAVIER.

BAL. ¡Ingrato! (A JAVIER con dolor.)
JAV. (Levantándose. ¡Balbina mia!
no pretendas que el rencor
en tu labio encantador
encuentre espresion sombría;
de tu boca solo amores
pueden salir á raudales.
BAL. En tus labios criminales
¡que mal sientan esas flores!
JAV. ¡Ah! (Con gran sentimiento.)
BAL. Si el sol pudiese hablar
y le dijese al Enero

con blando acento —«Te quiero»
su hielo sin deshelar,
contestará con dolor
Enero: —«¿por qué cegarme
tu lumbre si no ha de darme
su abrigo consolador?»—
Un mes há que estoy sufriendo
tu incomprensible desden.

JAV. ¡Calla!

BAL. Un mes hace tambien
que de pié me estoy muriendo.
Desde que al pueblo tornaste
faltando á lo que digiste
cuando del pueblo te fuiste,
hasta mi acento esquivaste.
Quiero decirlo, Javier,
porque te amo, tanto, tanto,
que hasta bendigo mi llanto
porque tú lo haces correr.

JAV. ¿Y piensas que viviria
si así no fuese querido?
Dime; ¿por quién he perdido
el reposo y la alegría?
Del mismo viento al rumor
juntos nos hemos criado
y aun tiempo hemos despertado
á la vida del amor.
Nadie en el pueblo sabia
nuestro secreto infantil;
solo á las flores de Abril
contaba la dicha mia.
Y sin saber descifrar
este amor tan acendrado,
nuestras almas se han juntado
en la costumbre de amar.
Dulce costumbre que encierra
la vida de nuestro ser,
y solo puede romper
para cubrirnos, la tierra.
Costumbre que es la espresion
de la voluntad del cielo,

y el mas constante desvelo
de mi pobre corazon.

BAL. Pues si tanta es la vehemencia
de ese amor con que me arguyes
¿por qué de mis ojos huyes?
¿por qué esquivas mi presencia?

JAV. ¿Por qué? Por que es un delirio
abrigar una esperanza
cuando la suerte se lanza
á convertirla en martirio.

BAL. ¿Delirio?

JAV. Cruel azote,
el destino es para mí.

BAL. ¿Ya cedes?

JAV. Balbina, sí;
tengo que ser sacerdote.

BAL. ¿Y tu primer juramento?

JAV. Por mas que al alma no cuadre,
para oponerme á mi padre
me falta el atrevimiento.

BAL. Pero es horrible, es impía
tu decision.

JAV. Ya lo sé;
mas fiel obedeceré
al que forjó mi agonía.
Que si he podido esquivar
dos años tan dura pena,
hoy ya mi padre lo ordena
y me tengo que ordenar.

BAL. Pero dí ¿qué razon es
la que nos hiere rastrera?

JAV. Una ley injusta y fiera
que se llama el interés.

BAL. ¿Interés?..

JAV. Mi padre está
en este lance empeñado.

BAL. Mas si te vé desgraciado,
de su empeño cederá.

JAV. No, Balbina, él se figura
de este modo al discurrir
que al fijar mi porvenir

su ancianidad asegura.
Su brazo á sentir empieza
debil; vé sus fuerzas vanas:
tiene miedo de sus canas;
le acobarda la pobreza;
y creyendo ver en mí
inteligencia sin tasa,
piensa que han de entrar en casa
las minas del Potosí
el dia en que coronado
vea su anhelo fatal,
haciéndose criminal
y haciéndome desdichado.

BÁL. Será así; pero yo infiero
que dándote otra carrera
su deseo consiguiera.

JAV. No la hay que menos dinero
cueste que la clerical,
por eso es la que conviene
al padre que solo tiene
un mezquino capital.

BAL. ¿Y al hombre de valimiento
no hay quien le ayude?

JAV. ¿Te estraña?
Siempre ha valido en España
un duro mas que un talento.

BAL. Pues ruega á tu padre...

JAV. Eso
es peor á no dudar.
¡qué puede á mi ruego dar
si nunca me ha dado un beso!

BAL. ¡Ah!

JAV. Pero me dió la vida,
y devuelvo el beneficio
aunque por tal sacrificio
haya de verla perdida.

BAL. Comprendo todo el valor
de tu filial sentimiento,
y apuraré mi tormento
dando la muerte á mi amor.
¿Mas cómo te he de olvidar

si está en amarte mi calma?
¡dada una pasion al alma
quién se la puede arrancar!
Yo sufriré en el misterio;
mas promete que al volver
al pueblo, irás á leer
mi nombre en el cementerio.

JAV. Calla; esa idea horrorosa
estremece al pecho mio;
¿Cómo he de elegir, Dios mio,
entre mi padre y mi esposa?

BAL. ¡Tu esposa! (Con dolorosa ironía.)

JAV. En la edad bendita
de nuestro amor, cuántas veces
al cielo elevando preces
ante el Cristo de la ermita
con las manos enlazadas,
los ángeles nos oian
prometernos que serian
nuestras almas desposadas.

BAL. Es verdad.

JAV. Pues si amoroso
siempre amándote he seguido,
¡quién duda que soy y he sido
ante Dios tu amante esposo!
Por eso hoy á comprender
no llega mi pensamiento
cómo hay quien tal juramento
pueda obligarme á romper.
Cómo hay voluntad tan fuerte
que mande en mi voluntad.
¡Ay! ¡dónde estás libertad,
que te he perdido sin verte!

BAL. No, Javier, el cielo airado
te prohibe pronunciar
esos votos que han de estar
unidos con el pecado.
Dios no puede consentir
tan grande profanacion;

JAV. ¿Y qué hago en tal situacion?

BAL. Salvarte.

JAV. ¡Cómo!
BAL. Decir
«Padre; yo amo á una mujer
no puedo ser religioso...»
JAV. ¿Y su dicha? ¿Y su reposo?
BAL. ¿Y tu salvacion, Javier?
JAV. Todo, todo lo concibo
menos luchar con mi padre.
BAL. Pues yo le diré á tu padre,
que solo por tu amor vivo.
En su maternal bondad
se envuelve el cariño santo,
que secará nuestro llanto
y hará tu felicidad.
¡Oh! si yo madre tuviera
en su regazo amoroso
mi secreto doloroso
ya depositado hubiera.
Que estos dolores prolijos
al llanto maternal ceden;
¡lágrimas de madre pueden
secar el llanto á los hijos!
JAV. Sí; mas de mi dicha en pos
el mio nadie ha secado.
BAL. Porque tú lo has ocultado
faltando á la ley de Dios.
En fin; yo estoy decidida,
y te juro por mi fé
que desde hoy defenderé
nuestro amor, que es nuestra vida.
JAV. Silencio.
BAL. ¿Qué?
JAV. Siento ruido.

(Se abre la puerta de la derecha y aparece José.)

(¡Mi tio!) Seca esos ojos.
BAL. Si es en vano; si estan rojos
ya de llorar!

ESCENA IV.

(Balbina y Javier van á José y le besan las manos. El movimiento natural que hace Balbina al bajar la cabeza impide que José pueda verla el rostro; y al levantar la cara Balbina, José estará ya de espalda á ella y frente á Javier.)

José, Balbina y Javier.

Jav. ¿Se ha dormido?
José. Asi, asi; hazme el favor
hijo, de echar al correo
esta carta, pues deseo
que salga hoy. ¿Vás?
Jav. Si señor;
y me juzgo muy honrado
en poderle á usted servir.
José. Gracias.
Jav. Voy. ¿Quieres venir? (A Balbina.)
Bal. Me quedo.
José. (Se vuelve á Balbina y dice inmutándose)
(¡Dios alabado!)

ESCENA V.

Balbina, José.

José. (Despues de reponerse, con dulzura.)
Hija mia; acércate. (Balbina lo hace.)
¿Quién eres?
Bal. Yo soy Balbina
Perez.
José. ¡Hija de Angelina! (Se sienta trastornado.)
Bal. ¡Dios mio! ¿qué tiene uste?
voy á llamar.
José. No, no es nada.
Bal. Mas... (Queriendo ir.)
José. Quieta... (La detiene.)
(¡Destino ingrato!
vivo guardaste el retrato
de aquella desventurada.)

En tí su rostro dejó
tu madre.

BAL. ¡Madre querida!
Dicen que al darme la vida
el cielo se la llevó.

JOSÉ. Cierto. (¡Pobre criatura!)

BAL. ¡Ah! ¡si ella viviera!..

JOSÉ. (Ignora
que su madre pecadora
se labró la sepultura.
¡Qué fué suicida!)

BAL. Cayó
sobre mí, tremendo fallo.

JOSÉ. ¿Por qué?

BAL. Huérfana me hallo
desde la infancia.

JOSÉ. ¿Murió
tu padre?

BAL. Al año no mas,
en que dejó de existir
mi santa madre.

JOSÉ. Es decir
que desamparada estás.

BAL. No señor; porque consuela
de mi orfandad el dolor,
el dulce y constante amor
de mi pobrecita abuela.

JOSÉ. ¿Aún vive?

BAL. Esperando á usted
á Dios vida le ha pedido,
y el Señor le ha concedido
tan señalada merced.

JOSÉ. ¡Y hay quien quejarse del cielo,
en sus aflicciones puede,
cuando siempre nos concede
junto á la pena el consuelo!

BAL. No siempre, señor, se alcanza
la ventura que se vé.

JOSÉ. ¡Ay! ¡si no emprendes con fé
la senda de la esperanza!
El lejano resplandor

del bien ansiado verás
y en la senda morirás
sin percibir su calor.

BAL. Con fé salió el alma mia
á buscar el bien que espero;
mas el quebrado sendero,
es mas largo cada dia.
Allá, en la cumbre del monte
mi estrella miro lucir.
—«Si lográs aquí subir,—
me dice,—tendré horizonte.»
Andando tras mi destino,
caigo, me levanto, ruego,
vuelvo á andar, mas nunca llego
al final de mi camino.
Y no escucha mi querella
Dios que mi pena está viendo
y va desapareciendo
del horizonte mi estrella.
Ya su estinguido fulgor
burla mi ansiosa mirada,
cual fugaz chispa escapada
de la hoguera del pastor.
Con sus caprichosos giros
huye, se acerca, me pasma:
es el ojo de un fantasma
que juega con mis suspiros.
Ya no sé si viendo estoy
su lumbre ó si es del deseo
fingimiento, ya no veo
la senda por donde voy.
Ya en el abismo imprevisto
mi fé se halla suspendida...
(Movimiento de JOSÉ. Transicion solemne de BALBINA.)
¡Pero aun conservo estendida
mi mano hácia Jesucristo!

JOSÉ. En el hallarán la luz
tus ojos desventurados:
que están con soles orlados
los contornos de la cruz.
Yo en su nombre vengo aquí

tu dolor á consolar;
descúbreme tu pesar
y hallarás consuelo en mí.

BAL. Suerte; tu filo acerado
sufriria resignada
si permanecer callada
no fuese mortal pecado.

JOSÉ. ¿Qué dices?

BAL. Dos corazones
al encontrarse se unieron
y juntos los dos vivieron
la edad de las ilusiones.
No sé cómo hizo el cariño
conque la infancia se aliña
que diese su alma la niña
en cambio de la del niño;
y como se habian dado
uno á otro su existir,
no podia un ser vivir
del otro ser apartado.
A la hora en que el sol declina
juntos, sin hablar de amores,
jugaban entre las flores
que festonan la colina.
Sin penas así crecieron
y se fué el tiempo pasando,
y entre las flores jugando
ninguna flor se dijeron.
Mas con infantil placer
salieron una serena
noche alegre de verbena
las calles á recorrer.
Sonó de un canto el rumor;
se acercaron á escuchar
y á un mozo oyeron cantar,
no sé que cancion de amor.
Y despues en la colina
cogiendo y cambiando flores,
ya platicaban de amores
á la hora en que el sol declina.
Entonces, ya comprendieron

que con delirio se amaban,
pues solo en su amor pensaban,
desde que el cantar oyeron.
Y de una en otra alegría
creció su pasion constante,
hasta que el doncel amante
llorando á su novia un dia
—«no nos podemos casar,—
la dijo con amargura,—
padre, quiere hacerme cura,
y me tienes que olvidar.»
Y ya cuando el sol declina
no van á hablarse de amores
ni cojen ni cambian flores
sentados en la colina.

JOSÉ. (¡Cielos!) Dime: ¿es ilusion
lo que oí?

BAL. Desdicha cierta.

JOSÉ (¡Parece que se despierta
de un sueño mi corazon!)
¿Y tu novio ha pronunciado
sus votos?

BAL. No todavia,
mas no está lejos el dia
en que se verá obligado
á hacerlo.

JOSÉ. No puede ser.

BAL. ¡Oh! ¡si usted nos amparase!

JOSÉ. Es preciso que se case;
¿dónde está? ¿quién es?..

BAL. Javier.

JOSÉ. ¡Javier! ¡oh! (Con dolor.)

BAL. ¿Qué es eso?..

JOSÉ. Airado
se nos presenta el destino,
porque á no ser mi sobrino
diera el triunfo por logrado.

BAL. Me adora su pecho amante.

JOSÉ. Lo creo.

BAL. No alcanzo pues...

JOSÉ. Su padre mi hermano, es

ambicioso é ignorante.
Un vicio y una desgracia
que caminando á la par,
jamás pudo derrotar
de la ciencia la eficacia.
¡Ay! cuántos por eso gimen
muriendo en honda prision;
la ignorancia y la ambicion,
son la semilla del crimen.

BAL. Yo de eso nada colijo
aunque el pecho me taladre.
Yo solo entiendo que un padre
debe amar mucho á su hijo.
¿No es cierto?

JOSÉ. ¡Pobre azucena
solo para el bien nacida!
¡Tú no sabes que la vida
es engaño que encadena
con penas que has de sufrir,
el ódio con el amor;
la risa con el dolor,
y el nacer con el morir!
tú piensas que desear
la dicha, ya es obtenerla
y que basta merecerla
para llegarla á alcanzar.
Dices—«de amor al calor
late con fuerza mi pecho,
es puro y tengo derecho
al consuelo de mi amor.»
¿Quién atajará el raudal
de mi amorosa impaciencia?

BAL. ¡Oh! nadie. (Arranque.)

JOSÉ. La conveniencia,
la conveniencia social;
una horrenda hipocresía
que crea afanes prolijos,
y por la cual, de sus hijos
muchos hacen mercancía;
traidor lazo en que la escoria
de la humanidad se enreda,

como si cada moneda
nos diese un año de gloria.
¡Oh! si tan necio egoismo
reflejase en la razon,
estallara el corazon
espantado de sí mismo.
Y temblara por su suerte,
pues aquel que siembra dolo,
remordimiento halla sólo,
en el dintel de la muerte.
Pero ¡áy! del error en pos
todo su anhelo es marchar,
sin detenerse á pensar
que á un leve soplo de Dios,
la justa parca derrumba
vanidad, riqueza y nombre,
y que cuando nace el hombre
ya están cavando su tumba.

BAL. ¡Oh! si usted quisiese hablar
á su hermano de ese modo...
pudiera arreglarse todo.

JOSÉ. Sé que no debo cejar
mientras espere, hija mia,
ver vuestro empeño logrado;
que para eso á vuestro lado
el mismo cielo me envia.

BAL. Gracias, señor; en mi anhelo
no esperaba dicha tal.

JOSÉ. Ve pues, como junto al mal
nos manda Dios el consuelo.
Y dí... ¿nadie mas que yo
vuestro secreto ha sabido?

BAL. Solo del Cristo al oido
en nuestra ermita llegó.

JOSÉ. Cállalo pues, entre tanto
que vuestro triunfo aseguro.

BAL. Logrará usted... (Con alegría.)

JOSÉ. Siempre duro
mi hermano se mostró al llanto
del triste en su adolescencia,
mas si penas ha sufrido

algo en él habrá podido
la sávia de la esperiencia :

BAL. ¡Adios! yo dejo en usted
de mi pecho la esperanza.

JOSÉ. Todo con la fé se alcanza.

BAL. (Al irse vuelve)
¡Ah! la abuela...

JOSÉ. A verla iré.

BAL. Bien; ya siento que el valor
al alma de nuevo acude.

JOSÉ. Ve pues, y el cielo os ayude.

BAL. Con usted queda el Señor.
(Le besa la mano y se vá.)

ESCENA VI.

JOSÉ.

Gracias, Dios, á tiempo llego,
y si tu mano me asiste
alegre tornaré al triste,
y vista le daré al ciego.
Ya que tu poder me escuda
acoje mi pobre idea;
haz que yo la tabla sea
que preste al náufrago ayuda.
Haz que aquí vierta la calma
como Tú en mi la vertiste,
cuando hasta mi descendiste
para iluminar mi alma.
Apóstol de Jesucristo
para imitar su grandeza,
es tuya la fortaleza
Señor, de que me revisto.
Cierto es que el hombre se labra
su desdicha y se escarnece,
mas cuando el hombre padece,
es Dios su primer palabra.
Grande es tu triunfo, Señor,
sobre la humana falsía,
pues te olvida en su alegría
y te busca en su dolor.

ESCENA VII.

JOSÉ y RITA por la izquierda.

RITA. (¡Hola! ya está levantado
el huésped) ¡Ave María
purísima!

JOSÉ. (¿Quién es? ¡Ah!) (Al ver á Rita.)
Sin pecado concebida.

RITA. ¿Qué tal, has dormido bien?

JOSÉ. No he dormido nada, Rita.

RITA. Vamos; el mucho cansancio:
claro; es mucha la fatiga
de un viaje para tu edad,
y eso que está bien mullida
la cama.

JOSÉ. ¿Qué hace mi hermano?

RITA. Se ha quedado en la cocina
mientras yo he salido á verte
pues ha rato que se oia
ruido de conversacion
aquí. ¿Quién era?

JOSÉ. Balbina
que me ha traido un recado
de parte de su abuelita,
que quiere que á verla vaya.

RITA. ¡Pobre! está muy viejecilla,
y muy enferma, ¡si vieras
con que afan siempre venia
á pedir noticias tuyas!

JOSÉ. Lo creo.

RITA. ¿Has visto la chica
que guapa está? es un retrato
de su madre. La Angelina.
¿Recuerdas?

JOSÉ. Sí.

RITA. Dios la tenga
en su gloria. ¿Cuál seria
la causa de suicidarse?

JOSÉ. Misterios de la Divina

Providencia.

RITA. Su marido
la cuidaba y la queria
mucho; tanto que murió
cuando aun pasado no habian
doce meses desde aquella
desgracia, ¡qué horrible dia
para el pueblo! Desde el monte
que hay á espaldas de la ermita
se arrojó la desdichada
al precipicio; corrian
los niños de puerta en puerta
dando la fatal noticia,
y su madre, medio loca
llevando en brazos la niña,
bajó al barranco diciendo:
—«¡Ay! pobre, pobre hija mia;
si yo lo hubiera sabido;
¡me la han matado!» Decian
despues que casó á disgusto,
que su padre la tenia
en un puño; ¿qué se yo?
Mas de un año las hablillas
duraron, hasta que todos,
porque la pobre Balbina
no se enterara del cómo
su madre dejado habia
de existir, se tabicaron
la boca y ni con malicia
ni sin ella, ha vuelto á hablarse
de aquellos sucesos.

JOSÉ. Hija,
el corazon del mortal
es una profunda sima,
en donde solo penetra
de Dios la sabiduría.

RITA. Hoy hace diez y ocho años
que murió ¡pobre Angelina!

JOSÉ. Nuestras mútuas oraciones
quizá su falta rediman;
pues el cielo nuestros rezos

oirá.

RITA. Si es que adivinan
los que dicen que cediendo
del cruel padre á las iras,
fué al ara matrimonial
sin amor; ¿qué merecia
el que la obligó á casarse?

JOSÉ. En la bondad infinita
de Dios, siempre halla perdon
quien sus pecados abdica.

RITA. ¡Ay! es muy grande esa falta;
consentir en la desdicha
de sus mismos hijos, cuando
tan fácilmente se evita.

JOSÉ. ¡Eso es horrible! ¿verdad?

RITA. ¡Horrible! ¡infame!

JOSÉ. Pues cuida
de que lo que dices hoy,
otros de tí no lo digan.

RITA: ¿De mí?

JOSÉ. Dios te ha dado un hijo.

RITA. A quien adoro, yo misma
antes de hacerle infeliz,
fin á mi aliento pondria.

JOSÉ. Me place que así te espreses.

RITA. ¿Por qué?

JOSÉ. Porque si me auxilias
término pondré muy pronto
al grave mal que se anida
en vuestro hogar, sin que hayais
previsto...

RITA. ¡Vírgen María!
¿qué dices, José?

JOSÉ. Que toda
tu voluntad es precisa
para que mi fé, salvar
á mi sobrino consiga.

RITA. ¡A mi hijo!

JOSÉ. Sin saberlo
á su perdicion caminas.

RITA. ¡Ah! ¿Qué sucede aquí? dilo.

José. Qué tu esposo, contraría
la inclinacion de Javier,
pues á ser cura le obliga
por egoismo insensato,
cuando tu hijo ama á Balbina
con todo su corazon,
y ella le adora rendida.

Rita. ¡Vírgen de Desamparados!
¡mi pobre hijo, y yo tranquila
en tanto que él padeciendo
callaba!... Mas ¿quién podia
adivinar ese amor?
Si me parece mentira
que mi corazon durmiese,
mientras mi sangre sufria.
¿Tú lo sabes bien, José?
responde.

José. La pobre niña
há un momento; rebosando
por sus labios la desdicha,
me lo ha referido todo
y en mi promesa, confía
porque salvarles me ordena
de Dios la inmensa justicia.

Rita. Y se han de salvar; lo juro.

José. No jures.

Rita. Antes al dia
le faltarán sus colores,
y al Universo armonías,
que á mi hijo le falte apoyo
mientras que su madre viva.

José. Cálmate.

Rita. Si es el capullo
que brotó del alma mia.
¿Cómo ha de faltarle sávia
mientras no me falte vida? (Arranque.)

José. (¡Oh! sublime sacerdocio
de las madres; bella egida
del humano, ¿que será
lo que tu influjo no rinda?

Rita. ¿Pero cómo lo calló?

¡Ah! sí, comprendo; la altiva
severidad de su padre,
fiera y constante enemiga
de mi reposo; el despego
con que á su hijo las caricias
mas leves, aun en la cuna
le negó; pruebas son fijas
de que Javier le obedece
por temor.

JOSÉ. ¿Con que aun impía
su alma, á los ruegos del triste
permanece endurecida?

RITA. Ese es mi mayor pesar.

JOSÉ. ¡Oh! bien dice aquel que afirma,
que solo con la existencia
nuestros carácteres finan.

RITA. Pero esta vez se equivoca
que en la lucha decidida,
defiendo del corazon,
la mas delicada fibra.

JOSÉ. El cielo está de tu parte.

RITA. Pues eso me tranquiliza;
y sin perder un momento
le diré... (Quiere irse.)

JOSÉ. Detente.

ANS. (Dentro.) ¡Rita!

RITA. ¿Detenerme? ¡Es imposible!

JOSÉ. No conviene que hoy le digas...

RITA. ¡Oh! (Insistiendo.)

JOSÉ. Yo le prepararé,
y entonces con menor ira
te escuchará.

RITA. Hasta mañana
espero.

JOSÉ. Aguarda tranquila.

ESCENA VIII.

JOSÉ, RITA, ANSELMO (izquierda.)

ANS. ¡Hola! ¿ya te has levantado?

JOSÉ. En cuanto empieza á rayar

la aurora, es costumbre mia
dejar el lecho.

ANS. Bien.
despues de tan largo viaje
no es muy conveniente...

JOSÉ. Ya
por eso me ha retenido
la cama dos horas mas
que lo de ordinario.

ANS. Veo
que el ser rico, no te da
á ciertas comodidades,
el apego natural.

RITA. ¡No todos son como tú!
que siempre soñando estás
con el dinero maldito.

ANS. ¡Eh! ¿qué es eso; Rita? vas
á hacer lo que nunca hiciste.

RITA. Porque, veo...

ANS. ¿Quién te da
permiso para insultarme?

JOSÉ. ¡Vamos!... (Poniendo paz.)

ANS. Si bien se ha de andar
es necesario que todos
respeteis mi voluntad;
y que cuando hable se escuche
y se calle y nada mas.
Mis obras y mis palabras
nadie en casa ha de juzgar
ó si no...

RITA. ¿Qué?

JOSÉ. Razon tiene
Anselmo; si ha de haber paz,
es preciso obedecerle,
mande bien ó mande mal.

ANS. Justo.

JOSÉ. Y si él faltas comete
el cielo las juzgará.

ANS. ¡Cómo!..

JOSÉ. Hijo, de ser perfecto
nadie puede blasonar.

RITA. ¿Escuchas? (A ANSELMO.)

ANS. ¡Oh, Rita! (Incómodo.)

JOSÉ. Estamos
sujetos á errores.

ANS. Ya...
Pero casos hay...

JOSÉ. En todos
te puedes equivocar,
há un momento, hablabas bien
que yo á la comodidad
que dá el oro me ajustase.

ANS. Es muy cierto, ¿y pude errar?...

JOSÉ. Sí; porque los sacerdotes
de Jesucristo, no están
aunque hombres son, en el caso
que se encuentran los demas.
Su capa es para el desnudo,
es del hambriento su pan,
del que no cree su fé,
del desvalido su hogar.

ANS. ¿Pues de qué viven?

JOSÉ. De aquello
que le dé la caridad,
el cura debe vivir.

ANS. ¿Y esa virtud, dónde está?

JOSÉ. Aquel que en ella no cree
no puede hacerla jamas;
pues la caridad es luz
que con fé se ha de buscar
y como es ciega la fé
mira tú si claro está,
que para hallar tal virtud
es necesario cegar.

ANS. De todo lo que me has dicho
no comprendo la mitad.

JOSÉ. Porque la fé no te anima.

ANS. Pero los curas están
obligados, como todos,
no lo niegues, á mirar
por el bien de su familia.

JOSE. Sus familias...

ANS. Sí... ¿qué hay?

JOSÉ. Si la familia del cura
es toda la humanidad.

ANS. Y el que partiendo terrones
se sacrifica por dar
una carrera á su hijo;
dí, ¿qué consigue en su afan?

JOSÉ. Hace un bien á sus hermanos
sacrificándose.

ANS. (Con burla.) ¡Ah!

JOSÉ. Y un premio encuentra en el cielo,
imperio de la verdad;
que un grano sembrado aquí,
mil granos allí nos dá.

ANS. Todo lo que estás diciendo..
á muchos oí esplicar.
Pero, volviendo á mi asunto,
cuántos curas hallarás
que en sí y en los suyos piensan,
de los otros sin cuidar.

JOSÉ. Esos, no cumplen con Dios
ni consigo mismos.

ANS. ¡Bah!
Eso ya se sabe...

JOSÉ. Y hacen
gran daño á la sociedad,
que un cura sin devocion
es un diablo en un altar.

ANS. De eso á no atender á un padre
hay gran trecho; conque está
concluida la cuestion,
y dejemos de charlar.

JOSÉ. Como quieras.

ANS. Vete pues
adentro, que ya tendrás
apetito, y el almuerzo
te espera.

JOSÉ. Vamos allá.

ANS. ¿Y Javier?

JOSÉ. Ha ido al correo.

ANS. ¡Ah! bien:

JOSÉ. No puede tardar,
le mandé con unas cartas...
RITA. ¿Tú no vienes? (A ANSELMO.)
ANS. Ya hallarás
mi racion de menos.
RITA. Bien
(¿No ves?) (A JOSÉ.)
JOSÉ. Hija, Dios dirá.
(Vanse por la izquierda.)

ESCENA IX.

ANSELMO.

Sin duda este se ha hecho avaro.
piensa que á pedirle van...
y se previene. Como él
no nos ha mandado un real
desde que salió del pueblo,
pretende que los demas
sean lo mismo. Es muy cierto
que mi modo de pensar
conoce, y sabe muy bien
que yo á nadie pido. ¡Ca!
¡luego lo arrojan al rostro!...
¡no, no! primero cegar.
De mi hijo, ya es otra cosa;
le doy la carrera; está
mas que obligado á servir
de apoyo á mi ancianidad;
y como tiene talento,
muy pronto rico se hará,
y tendré comodidades,
y nada me ha de faltar,
que no menos se merecen
mi economía y mi afan.

ESCENA X.

ANSELMO, COLÁS.

(COLÁS viene con una azada al hombro.)

COL. Buenos dias nos dé Dios.
ANS. Buenos los tengas, Colás.

¡Qué quieres?

COL. Pues ver al mosén.

ANS. Aguarda; luego saldrá,
ahora almuerza.

COL. Bueno, bueno;
que almuerce su *santidá*
Aquí tiene usté este trasto
que mandó ayer arreglar.
El chico de la herrería
me ha dicho: —«Puesto que vás
á casa de Anselmo, lleva
la azada.»

ANS. Bien; déjala
por ahí. (COLÁS deja la azada en un rincon.)
¿No viajas hoy?

COL. Aun no hay carga que llevar.

ANS. Te has hecho un buen ordinario.

COL. Asi, asi, nada mas.

ANS. Cuando mi Javier se ordene
y se venga por acá
hecho un cura, en nuestra iglesia
su primer misa á cantar...

COL. ¡Huy!.. (Con burla.)

ANS. En tu mula tordilla,
Colasillo, le traerás
y yo te regalaré
un aparejo, ¡qué yá!

COL. Pues si hasta que se haga cura
Javier, no he de aparejar
de nuevo á la torda, digo
que no se aparejará.

ANS. ¿Por qué?

COL. Porque Javierico
no tiene ningun afan
por ser cura, y Balbinica
le gusta mas que el altar.

ANS. ¿Qué hàs dicho? (Asombrado.)

COL. Y yo lo celebro,
si señor.

ANS. ¡Tu loco estás!

COL. ¿Loco? pues si es una moza

lo que se llama cabal.
ANS. Calla, salvaje...
(Le toma un brazo. COLÁS esta desprevenido.)
COL. ¡Ay! Por vida...
vaya una caricia tan...
Me cogió desprevenido;
porque sino... ¡Voto al as!..
(Enarbolando la vara.)
ANS. Si eso vuelves á decir
la lengua te he de arrancar.
COL. ¡Tio Anselmo! (¿Habré dicho yo
alguna barbaridad?)
ANS. Dí que mientes.
COL. Eso no,
porque he dicho la verdá.
ANS. ¡Qué!...
COL. Yo mismo los oí
un mes apenas hará,
sin que ellos á mi me vieran,
á la entrada del lugar.
Ella le dijo—«te quiero»—
y el contestó—«yo á tí mas»
y luego, medio llorando,
soltaron los dos un ¡ay!
y siguieron su camino
por un lado cada cual,
mientras yo para mi sayo
entonaba aquel cantar:
Piensán los enamorados,
piensan y no piensan bien,
piensan que nadie los mira
y todo el mundo los vé (1).
ANS. ¡Mentira!
COL. Y dale matraca;
¿es algun crimen quizá?
ANS. ¡Júralo!
COL. Por estas cruces. (Haciendo la señal con las manos.)
ANS. ¡Oh! (Trastornado.)

(1) Cancion popular.

ESCENA XI.

ANSELMO, JAVIER Y COLÁS.

JAV. (Entrando por el foro.)
¡Buenos dias!
COL. (¡San Blas!)
ANS. Desdichado; ven aquí.
(Va á Javier y le arrastra al proscenio, cogiéndole de un brazo.)
COL. ¡Quién se habia de pensar!...
Vamos, me voy convenciendo
de que soy un animal.
JAV. ¿Padre, qué le pasa á usted?...
ANS. Contesta... Por Barrabás
que con el furor no encuentro
las palabras...
COL. ¡Qué infernal
está el hombre!
ANS. ¿Es cierto, dí,
que tú y Balbina os amais?
JAV. Padre, ¿quién pudo decir?
ANS. ¿Pero es cierto? (Con fuerza.)
JAV. (Con respetuosa resolucion.) Cierto.
ANS. (Va á cojer la azada.) ¡Ah!
COL. (Poniéndose en medio.)
¿Qué demontre va usté á hacer?
ANS. ¡Aparta! Lo he de matar.
COL. ¡Diablo, mire usté lo que hace!
JAV. Déjale. (Con dolor.)
COL. ¡Nunca!
ANS. (Apartando á COLÁS.) ¡Hazte allá!
(Con la azada en la mano.)
COL. ¡Oh!
(Le toma la azada y forcejea por quitársela.)

ESCENA XII.

DICHOS, BALBINA.

BAL. (En el foro.) ¿Qué pasa aquí?
¡Dios mio!
(Adivinando la situacion, se coloca delante de JAVIER.)
ANS. Y á ella tambien. (Al ver á BALBINA.)
JAV. ¡Oh! jamás.
(JAVIER que permanecia resignado, al oir esto, se coloca delante de BALBINA, con ademan de protegerla.
COL. Javier me faltan las fuerzas.
ANS. (A JAVIER.) ¡Infame defiéndela!
mas será en vano.
BAL. ¡Socorro!
ANS. No llames.
BAL. ¡Socorro!
COL. ¡Ah!
(ANSELMO logra desasirse de COLÁS. Va á JAVIER; levanta la azada, y á este tiempo salen JOSÉ y RITA por la izquierda.)

ESCENA XIII.

DICHOS, JOSÉ Y RITA.

JOSÉ. ¿Qué es esto?
RITA. ¡Hijos de mi vida!
(Va á JAVIER y BALBINA, que se abrazan á ella, á tiempo que ANSELMO tenia levantada la azada sobre ellos.)
ANS. ¡Quita, han de morir los dos!
(Con furor á JOSÉ, que se ha puesto delante de él amparando al grupo con su cuerpo.)
JOSÉ. (Con acento solemne.)
¡De rodillas ante Dios,
que maldice al parricida!
(ANSELMO suelta la azada, dominado por el aspecto venerable de JOSÉ.—Cuadro.)

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

ANSELMO, COLÁS.

COL. Vamos, serénese usté:
¿á qué viene tanto ruido
si el chico no le ha ofendido?
ANS. ¿Con que nó?
COL. Pues ya se vé;
quiere usté que cura sea.
ANS. Sí.
COL. Contra su voluntad;
hombre si eso es caridad
que venga Dios y lo vea.
ANS. Yo lo que busco es fortuna,
dinero, y no caridades.
COL. Yo digo barbaridades,
pero como esa ninguna.
ANS. No insultes ó del trancazo
que te arrimo...
COL. Está muy bien;
mas piense usté que tambien
sé yo dar un puñetazo.
ANS. ¡Eh!

COL. Pocas habladurias,
y no olvide usté al hablar
que acostumbrado á tratar
estoy con caballerías.
ANS. ¿Eso es decir?..
COL. Que le zurro
como me vea apurao,
y va usté á ir de medio láo
como suele andar mi burro.
¿Todo ha de ser aquí llanto
porque así á usté le conviene?
¿pues acaso el chico tiene
el pecho de cal y canto?
ANS. ¡Calla! No sé como no
te deshago.
COL. Ponga tasa
á la soberbia.
ANS. En mi casa
nadie manda más que yo.
COL. Corriente.
ANS. Pronto sabrá
tu padre.....
COL. ¿El qué?
ANS. Ese descaro.
COL. Si mi padre no es tan raro
como usté...
ANS. En fin basta ya,
que no estoy para perder
el tiempo. Sea ó no sea
de tu gusto, de la aldea
ha de salir hoy Javier.
COL. ¿A dónde vá?
ANS. A la ciudad.
COL. Si no es tiempo todavia.
ANS. No ha de acabar aquí el dia.
COL. ¿A que no es eso verdad?
ANS. ¿Qué dices?
COL. Lo que oye usté.
ANS. Veremos.
COL. ¡Qué se ha de ir!
ANS. Te digo que ha de salir.

COL. Como no se vaya á pié...
ANS. ¡Bah!
COL. ¡Pues usté no barrunta
que es el tiempo de la trilla
y no hay en toda la villa
desocupada una yunta?
No hay macho para el muchacho;
mi mula se vuelve atrás,
solo hay bestias de Colás
que no da mula ni macho.
ANS. Lo veremos.
COL. Lo veremos.
ANS. Mula habrá mal que te cuadre,
pues mula tiene tu padre.
COL. Cierto.
ANS. Y nos entenderemos...
que por el dinero, listo.
COL. Ni mi padre ni la bula.
ANS. Si el quiere...
COL. Mato la mula
y habrá la de Dios es Cristo. (Vase.)

ESCENA II.

ANSELMO.

¡Señor! ¡qué barbaridad!
igual no tiene tal hecho;
quitarle á un padre el derecho
que le da su libertad.
Yo domaré, por mi nombre
lo juro, al que se desmanda;
y verán que nadie manda
en la voluntad de un hombre.

ESCENA III.

ANSELMO, JAVIER, izquierda.

JAV. ¡Padre!
ANS. Aparta de mi vista.
JAV. Si es que aun el furor le ciega,

dejemos para otro rato
lo que va á decir mi lengua.

ANS. ¿Qué puede decir que ya
por desgracia yo no sepa?
¿vienes á pedir perdon;
piensas que la herida fiera
que me has abierto alevoso
con facilidad se cierra?

JAV. Yo vengo tan solamente
padre, á inclinar mi cabeza
con el respeto debido
á la voluntad paterna.

ANS. ¡Ingrato!...

JAV. Y á suplicarle
que mis palabras atienda.

ANS. (Aparté.) (La humildad de la serpiente.)
¿Bien, que es ello?

JAV. En la carrera
que usted me está dando á costa
de trabajos y de penas...

ANS. Muy grandes.

JAV. Se estudia un libro
en el que Dios aconseja
al hombre, para su igual,
el perdon de las ofensas.

ANS. Estoy al cabo. Es decir
que mi deber me recuerdas.

JAV. Le pido en nombre de Dios
que su perdon me conceda.

ANS. Y dí, ¿en ese libro santo
no hay alguna frase suelta
que mande al hijo tener
á sus padres obediencia?...

JAV. Sí, señor, y otra que dice
«que el alma, cual Dios eterna,
libre ha de ser en sus actos,
para que juzgada pueda
ser con estricta justicia
cuando ante Dios comparezca.»

ANS. Javier...

JAV. A las faltas propias

no redimen las ajenas..

ANS. Basta, que no te comprendo.

JAV. Raro es que no me comprenda;
porque en cuestiones del alma,
siempre la verdad campea.

ANS. Yo no he tenido maestros.

JAV. ¡Ay padre! para esta ciencia
doctores no son precisos,
que se siente y no se espresa.

ANS. Pues yo los he menester.

JAV. Pues consulte á su conciencia
que es un doctor infalible
en cosas de esta materia.

ANS. Vaya, vaya, tú me vences
porque has estudiado letras;
pero yo me quedo á oscuras.

JAV. Usted me llevó á aprenderlas
y debe hallar natural
que me defienda con ellas.

ANS. En resúmen; tú pretendes
que tu padre se convenza
de que vocacion te falta
para ser hombre de iglesia,
y conquistarme has pensado
Javier, con palabras huecas;
quieres dejar los estudios,
que yo vuestro amor absuelva,
que todo lo que he gastado
sin fruto alguno se pierda;
que os case, que os traiga á casa,
y que os ame y os mantenga
hasta que tiemble de viejo,
y que rabie y que me muera.

JAV. ¡Padre!..

ANS. ¿Qué dice á eso Dios?
¿di? ¿qué religion es esa?
¿Qué me respondes?

JAV. Que usted
todo al estremo lo lleva.

ANS. Al estremo de morirme
llegaré, si es que te empeñas,

en desbaratar el sueño
mas grato de mi existencia.

JAV. (Es inútil toda lucha;
no hay razon que le convenza.)

ANS. ¿Te callas? Es que conoces
que son fundadas mis quejas.

JAV. Padre, si nunca he pensado
en contrariar sus ideas.

ANS. ¿Como?

JAV. Si no hay sacrificio
que yo por usted no venza;
si hasta las leyes del cielo
sin querer tomar en cuenta,
estoy dispuesto á ser cura
con vocacion ó sin ella.

ANS. Javier...

JAV. (¡Dios mio! perdona
por mi padre tal ofensa.)

ANS. ¿Pero es cierto lo que has dicho?...
¿me mientes ó hablas de veras?

JAV. Yo no miento nunca, padre.

ANS. Vas á hacer...

JAV. Lo que usted quiera.

ANS. Bien, hijo.

JAV. Me ordenaré,
puesto que en ello se empeña,
y para no dar lugar
á mas cuentos ni quimeras,
si á usted le parece bien
saldré hoy mismo de la aldea.

ANS. Ya habia pensado en ello.

JAV. Pues voy á hacer mi maleta.

ANS. Ahora, cumpliendo con Dios,
vuelves á la buena senda.

JAV. (¡Oh!)

ANS. Ya eres digno de mí.

JAV. No pasemos tiempo.

ANS. ¡Ea!
pues vé á arreglar tu equipaje.

JAV. Sí.

ANS. La noche se aprovecha

y así en la ciudad te plantas
del calor sin la molestia.

ESCENA IV.

ANSELMO, JAVIER, RITA.

RITA. ¿Qué es eso, ya estais amigos?
ANS. Sí, mujer, todo se arregla
por fin.
RITA. ¿Como?
JAV. Madre mia.
ya no habrá mas disidencias
en la familia.
RITA. No entiendo;
me hablas con mucha tristeza
Javier, ¿qué ha pasado aquí?
Responde.
ANS. Rita: no vengas,
puesto que estamos en paz,
á armar de nuevo la guerra.
RITA. Soy su madre y la armaré,
como á mi no me convenga
lo que hayais aqui tratado.
ANS. ¡Rita!
JAV. Madre, usted se altera
sin motivo.
RITA. Yo me altero
porque adivino tu pena.
JAV. No madre, si estoy sereno.
RITA. Mientes.
ANS. Javier, aprovecha
el tiempo.
JAV. Voy al instante
(aun mi corazon alienta:
y ni un abrazo, ni un beso
me ha otorgado en recompensa;
¡por qué si me ha dado el sér
de un padre siento la ausencia?)
(Vase por la izquierda.)

ESCENA V.

RITA, ANSELMO.

ANS. Por fin consigo...
RITA. Javier. (Quiere ir tras su hijo.)
ANS. (Deteniéndola.)
Ten, Rita, tu genio á raya.
RITA. ¡Qué!
ANS. Deja que el chico vaya
su atavío á disponer.
RITA. ¿Su atavío?
ANS. Su equipaje.
RITA. ¿Para qué? ¡Dios me perdone!
ANS. Cuando uno el cofre dispone
es señal que está de viaje.
RITA. ¿Qué, se va?
ANS. ¿Te se figura
que el chico es algun ingrato?
si pudo darme un mal rato,
á la postre será cura.
RITA. ¡Cielos!
ANS. Sé lo que le cuesta,
mas yo he gastado el dinero...
RITA. Ya...
ANS. Y aprovecharlo quiero;
¿qué otro camino le resta?
yo voy de su bien en pos.
RITA. Tú sueñas con ser malvado...
ANS. ¡Rita!
RITA. ¡Y llevas al mercado
lo que pertenece á Dios!
ANS. No me exasperes; ten calma.
RITA. ¡Vender un hijo! hombre inmundo,
si entero vendes al mundo,
lo que den, no compra un alma.
ANS. Rita, cesa ya de hablar.
RITA. ¿De mis gemidos te estrañás?
¡si desgarras mis entrañas
cómo no me he de quejar!

ANS. ¡Cosas de mujer!
RITA. ¡Impío!
ANS. No hagas del insulto alarde.
RITA. No hay riesgo que me acobarde
pues defiendo al hijo mio;
y ver me causa sonrojos
que quien amor me juró,
y en mis ojos se miró
mata la luz de mis ojos.
Mas comprendo tu impiedad;
mis ojos son tu reflejo,
y rompe tu alma ese espejo
por no ver su fealdad.
ANS. Yo estoy limpio de pecado;
él á su suerte se aviene.
RITA. Eso te prueba que tiene
lo que de tí no ha heredado.
ANS. Calla.
RITA. Un alma que acaricia
manos que en herirla gozan;
alma mártir que destrozan
las garras de tu codicia.
ANS. Alma que no es de mujer,
y que á comprender empieza
que le faltó fortaleza
para cumplir su deber.
Y basta ya de insensatos
alardes; harto mostraste
tu soberbia y blasonaste
de faltar á mis mandatos.
El quiere lo que yo quiero;
lo ha dicho.
RITA. Tu ingenio alabo.
¿Qué ha de negar el esclavo,
al látigo del negrero?
ANS. ¡Oh!
RITA. Mi derecho reclamo.
ANS. Y yo, que tambien le tengo
como padre, le mantengo:
y cual debo, á Javier amo
por ser mi hijo, y por ser bueno.

RITA. ¿Quién mejor le puede amar;
quien le ha querido matar,
ó quien le llevó en su seno?
¿Quién le cubre de quebranto
y sobre él penas aduna,
ó yo que desde su cuna
vengo secando su llanto?
Yo que en sus ojos me miro;
yo que hallé un cielo en su frente;
que tengo el alma pendiente
de su mas leve suspiro,
ó quien cruel con exceso
mata al hijo y á la madre?
¿Cómo puedes ser su padre
si nunca le has dado un beso?

ANS. Loca estás, segun colijo.
¿Qué has dicho?

RITA. A no ser honrada,
dudaria, que no hay nada
en tí, digno de tu hijo.

ANS. Me haceis del cielo los dos
dudar!

RITA. Tu desdicha es esa:
hasta que á un hijo se besa
no se sabe amar á Dios.
A su divino saber
debes tu vida casual;
el cielo milagro tal
solamente puede hacer:
que en mi humana condicion
no puedo yo concebir
como hay quien pueda vivir
sin alma y sin corazon.

ANS. Cese ya tanta porfía.

RITA. ¿Obligas á tu hijo?

ANS. Sí;
juro que saldrá de aquí
antes de que acabe el dia.

RITA. Está bien, muda será
mi lengua, te lo aseguro;
pero tengo por seguro

que Dios un milagro hará.
ANS. Deliras.
RITA. Con alegría
de la ciudad al volver
me trajo un libro Javier
del Trovador de María.
Ese libro encantador
tiene por sus versos fama
bien merecida y se llama
«los cantos del Trovador.»
Durante la trasnochada,
junto á nuestro hogar tranquilo,
lee Javier, mientras hilo
mi racion acostumbrada.
En cada noche una historia
de aquel libro me ha leido
y la última que he oido
la conservo en la memoria.
Hay en ella un militar
que seduce á una mujer;
guerra estalla, y su deber
le hace á la guerra marchar.
La niña de amores ciega
le exige con juramento
promesa de casamiento
ante el Cristo de la Vega.
Jura amoroso el soldado
con la mano en el altar
y dice: —«ó me han de matar
ó he de ser tu desposado.»
Parte el mozo á su destino
ella... con flores se adorna,
y á ver si su amante torna
sale al borde del camino.
Tres años llorando cuenta
y cuando ya de su pecho
las lágrimas, han deshecho
la peña donde se sienta,
de un caballo el galopar
oye, se levanta, mira
y le parece mentira

que cese ya de llorar.
De polvo entre el remolino,
que alza el caballo enfrenado,
ve cual avanza montado
su galan, por el camino;
orgulloso el alazan
la cerviz con brio eleva,
cual si supiese que lleva
por ginete á un capitan.
La novia le sale al paso
para abrazarle dispuesta;
mas él por toda respuesta
la mira y no la hace caso.
La niña ante el juez, llorosa
exige la fé jurada;
pero él jura por su espada
que no ha jurado tal cosa.
Ante tal afirmacion
el juez, con mirada pia,
dice á la niña, —«hija mia
no os puedo dar la razon.»
Pero ella, de amores ciega,
y al ver al juez tan amigo
esclama: —«tengo un testigo»
—¿Cual? —El Cristo de la Vega.»
Y la alguacilesca grey,
conforme el caso lo exige,
hácia el templo se dirige
para cumplir con la ley.
Bajo la nave sombría,
con el proceso en la mano
se detiene el escribano
ante el hijo de María.
Y con acento inseguro:
—«¿jurais, dice, que ha jurado
ante vos este soldado
ser de esta niña?» —Si juro,
dijo la efigie evocada
á los que estaban de hinojos;
tenia abiertos los ojos
y una mano desclavada.

Esta es la historia; y á fe,
yo que en Dios siempre he creido,
ya que tú no me has oido
ante Jesucristo iré;
y antes de que á pronunciar
sus votos llegue mi hijo
hablaré yo, y sé de fijo
que todos me han de escuchar.
A Dios mi vista tendiendo
así clamaré, ¡Dios mio!
habla; diles que es impío
lo que aquí está sucediendo!
Y su acento soberano
quizá resuene en la nave;
quiza otra vez se desclave
de Jesucristo la mano.

ANS. ¡Oh! (Aterrado.)

RITA. ¡Cedes, vas á ceder!
Anselmo ¡bendito seas!

ANS. ¡Y han de cambiar mis ideas
por un cuento de mujer!

RITA. ¿Qué dices?

ANS. Esas patrañas
ultrajan á Dios. (Hace que se va.)

RITA. ¿Te vás?
Escúchame.

ANS. Loca estás.

RITA. ¡Este hombre no tiene entrañas!

ANS. Me dan risa tus quimeras;
se hará la voluntad mia
y nada mas. (Se vá foro.)

RITA. ¡Vírgen Pia!
¿qué menos hacen las fieras?

ESCENA VI.

RITA, JAVIER, BALBINA

JAV. Balbina, lo he prometido
y son en vano tus ruegos.

RITA. ¡Hijos! (Al verlos.)
JAV. ¡Madre!
BAL. ¿Pues no dice
que se marcha?..
RITA. Harto lo temo.
JAV. ¿Ha hablado usted con mi padre?..
RITA. Inútil es todo empeño.
¡Dios mio! Yo moriré
de pesar.
RITA. No querrá el cielo;
porque los vivos heredan
los pesares de los muertos,
y si queda con los tuyos
Javier, no podrá con ellos.
BAL. Dice un cantar que el amor
es la salud para el cuerpo,
la ausencia su enfermedad,
y el olvido su remedio.
RITA. ¿Y yo he de poder vivir
vuestra desventura viendo?
¡nunca! aun me resta esperanza.
JAV. Sí, madre, la del consuelo.
RITA. ¿Quién sabe, Javier, quién sabe?
mucho espero del consejo
de José.
JAV. ¿Donde está?
BAL. En casa.
RITA. No tardará.
BAL. Tambien creo
que él puede salvarnos.
JAV. ¡Ah!
dudo que alcance su objeto.
BAL. Me ha prometido...
RITA. Si, si:
juzgo que á Dios ofendemos
desconfiando de todo.
JAV. Mas corre veloz el tiempo
y usted olvida que yo
lo tengo todo dispuesto
para marchar; que mi padre
lo ha tomado con empeño

y tal vez antes de poco
me dé el aviso postrero.

RITA. Es verdá, y tarda tu tio.
¿Qué hacer?

BAL. Yo me iré corriendo
á avisarle.

RITA. Sí, hija mia.

BAL. Voy, pero aquí le tenemos,

ESCENA VII.

DICHOS, JOSÉ Y COLÁS. (Por el foro.)

JOSÉ. Santas y muy buenas tardes.

JAV. ¡Señor!..

BAL. Muy tristes os hallo
¿qué sucede?

RITA. Que yo muero
si tú no me das tu amparo.

BAL. No olvide usted su promesa,
señor.

COL. Voto á... (Medio llorando.)

JOSÉ. Vamos, vamos:
mas calma.

RITA. ¡Oh! (Con dolor.)

JOSÉ. Resignacion,
hija mia, en los trabajos
es donde se necesita
el valor. ¿De qué los años
te sirven que en este valle
de lágrimas has pasado?

RITA. Es que quiere que se marche
hoy mismo.

BAL. Quiere mandarlo
á la ciudad esta noche.

JOSÉ. (A JAVIER.) Y tú ¿qué dices?

JAV. Yo parto,
si otro remedio no queda.

JOSÉ. Haces muy bien, y yo aplaudo
tu intento

BAL. ¿Qué dice usté?

JOSÉ. Que respete su mandato;
que le diga á todo amen;
que él forme planes: dejadlo.
Tiene un carácter de hierro.
A no haberle contrariado
esta mañana, no hubiera
nadie llegado á este caso.
Tantos hombres, tantos genios;
la ciencia está en estudiarlos,
y mirar de qué manera
se puede encontrar el flaco
de cada cual. Ya lo veis.
Yo tengo el deber de amaros;
de sentir vuestras desdichas
y de ofreceros mi amparo:
deseo que esto se acabe
cuanto antes y sin embargo,
para poder conseguirlo
propicia ocasion aguardo.

BAL. Es que ya ha dispuesto el viaje.

COL. ¡Es que no hay viaje! ¡Canastos
con el hombre! ya le he dicho
que no sale mi ganado
de la cuadra; y no saldrá
aunque me hiciesen en cambio
alguacil mayor del pueblo
por conducto del naufragio.

JOSÉ. Colás, tú, si te lo pide,
ten el macho preparado.

COL. Pero, señor...

JOSÉ. Te lo ruego.

COL. No tiene usted que rogarlo;
que no soy, gracias á Dios,
tan bruto como su hermano.

JOSÉ. No le injuries.

COL. Si hay palabras
que se vienen á los labios.
Pero volviendo á la recua
de que formo parte, ¿estamos?
gustoso, de usted señor
cumpliera con el mandato;

que antes que todo es usted;
pero mi macho está malo,
y aquí todo el mundo sabe
que yo dependo del macho.

JOSÉ. ¿Pero y la mula?

COL. La mula...
(Ahora si que me ha parao.)
La mula es de mi carácter;
y no me atrevo á llevarlo
en ella, pues de una coz
es capaz de echarle abajo.
Conque como no me presten
el burro del cirujano;
la yegua de la modista...

JOSÉ. Basta, Colás.

COL. Ó el caballo
de usía el señor alcalde,
para engancharlo del carro,
yo no sé cómo demontre
vamos á salir del paso.

JOSÉ. Tú componte como puedas.

COL. Allá veré.

JOSÉ. Ve á buscarlo.

COL. ¿A quién, al burro?

JOSÉ. No, hombre,
A Anselmo. ¿Está fuera? (A Rita.)

RITA. Ha rato
que salió.

COL. Sé dónde está.

JOSÉ. Dile que te has obcecado;
que estás dispuesto á salir
cuando te mande.

COL. (¡Mal rayo!)

JOSÉ. Conque... ¿vas?

COL. ¿Yo? si señor.

JOSÉ. Cuida de no estropearlo.

COL. Creerá usted que soy tan bestia
que vaya á darle un trancazo
sin mas ni mas.

JOSÉ. Hombre, digo
que no se te escape algo...

COL. No, señor.
JOSÉ. Pues anda, hijo.
COL. ¡Ea! Adios.
JOSÉ. Adios.
COL. Andando.
(Pero juro al catecismo
de San Pedro y de San Pablo,
que, si como de costumbre,
se empeña en alzarme el gallo,
le vuelvo la espalda cisco
como dos y una son cuatro.) (Váse.)

ESCENA VIII.

JOSÉ, RITA, BALBINA Y JAVIER.

JOSÉ. (A RITA y BALBINA, que estarán llorando.)
Bueno, todo está dispuesto.
¿Pero á qué viene ese llanto?
BAL. ¿No he de llorar, si le pierdo
y mas que á la vida le amo?
RITA. ¡Hijo mio!
JAV. Pero, madre...
usted misma me ha inspirado
valor, y ahora...
JOSÉ. ¿No mirais
que os está el cielo mirando
y se aflije Dios al veros
de la esperanza apartados?
RITA. ¡Si presiento que se va!
JOSÉ. ¿Pero no pueden ser falsos
tus presentimientos?
RITA. No,
que á mí nunca me engañaron.
JOSÉ. Así lo juzgas, porque
nuestros males recordamos
sin contar nuestros placeres,
que el afan que los humanos
tenemos, es hallar medio
del cielo para quejarnos.
No digo que yo consiga

que al fin despierte mi hermano
de su error; ¿pero quién dice
que no sea lo contrario?

BAL. ¡Ay! ¡ojalá!

RITA. ¡Dios te escuche!

JOSÉ. Dios siempre oye al desdichado;
conque no perdais la fé
que es el todo. Retiraos;
porque cuando venga Anselmo
quiero estar solo.

RITA. Dejamos
en tí la esperanza nuestra.

JAV. Tio, usted es nuestro amparo.

JOSÉ. Que el señor os acompañe.

RITA. Hasta luego.

JAV. Madre...

RITA. Vamos.

(Vanse todos por la izquierda, menos JOSÉ.)

ESCENA IX.

JOSÉ.

¡Todos á mi! ya se vé
padecen, ¿qué hay que me asombre?
si apreciar supiese el hombre
todo el valor de la fé!
Si de ella desamparado
me viese yo en este dia,
en todo el mundo no habria
un ser mas desventurado.
Ese viento que murmura
entre las ramas del huerto,
es el ¡ay! de un cuerpo muerto,
que llora en su sepultura.
Esa gota de rocío
en la azucena escondida,
lágrima es de ángel, caida
sobre el pensamiento mio.
Hoy el cáliz de la flor
líquida perla engalana...

el sol que alumbre mañana,
la convertirá en vapor.
Siento que el alma dormida
soñando está á mi pesar,
y en su sueño vuelve á andar
la jornada de mi vida.
Los recuerdos agolpados
á mi alrededor, me alteran..
como si fantasmas fueran
de mis ensueños pasados.
Si callo ó á Dios invoco
avanzan ó se retiran,
cual pensamientos que giran
en el cerebro de un loco.
Y acrecienta mi inquietud
en mi mano, aprisionada
esta carta, arrebatada
al fondo de un ataud.
Carta que el cielo ha querido
guardar para este momento...
historia de un pensamiento
y armonía de un gemido.
Recordarla es hoy la pena
que mi destino me impone;
mas Dios así lo dispone
y es justo cuanto El ordena.
¡Señor, que ves mi quebranto;
mi entendimiento ilumina
con la palabra Divina
de tu libro Sacrosanto!
Sostenme, que en mi desvelo
me enseñó tu amor profundo,
que para andar por el mundo
hay que apoyarse en el cielo;
¡Oh! no me niegues tu luz;
sin ella en medio del dia
ciego con vista seria,
que el sol del alma es la cruz!

ESCENA X.

ANSELMO, JOSÉ.

ANS. ¡Mi hermano. ¿Ya por aquí?
JOSÉ. Sí; mira, Colás ha estado
ha poco y ha preguntado...
ANS. Ya lo sé.
JOSÉ. ¿Le has visto?
ANS. Sí.
JOSÉ. Te veo mas sosegado.
ANS. Como que estoy muy contento.
JOSÉ. ¿Puedo el motivo saber?
ANS. El motivo es que Javier
quiere marcharse al momento
á cumplir con su deber.
JOSÉ. Lo celebro.
ANS. ¿A mi alegría
no te quieres asociar?
JOSÉ. Si, no me debe estrañar
lo que previsto tenia:
¡Si el caso era de esperar!
ANS. Eso sí; él es obediente;
conmigo nunca ha dejado
de mostrarse reverente.
JOSÉ. Y sin embargo, has alzado
tu mano sobre su frente.
ANS. ¡Oh! no recuerdes...
JOSÉ. ¿Estás
de tu accion arrepentido?
ANS. No la olvidaré jamás.
JOSÉ. ¿Desde que eso ha sucedido,
no quieres á tu hijo mas?
ANS. ¡Oh! sí.
JOSÉ. Bien puedo creerlo.
ANS. Él es mi único sosten.
JOSÉ. Perdido pudiste verlo,
y hasta esponerse á perderlo
nadie apreciar supo el bien.
ANS. A tí te debo mi suerte.

JOSÉ, Solo el cielo te ha salvado,
Anselmo, en trance tan fuerte.
ANS. El golpe en él descargado,
hubiera sido mi muerte.
JOSE. ¡Padre eres, qué duda cabe!
ANS. Pero esta debilidad
nadie mas que tú la sabe;
aun guarda mi voluntad
de este corazon la llave.
JOSÉ. ¿Pues qué, sientes dar abrigo
al paternal sentimiento?
ANS. ¡Eso no; mas si lo digo,
mi constante pensamiento
satisfacer no consigo:
pues si lloroso me vé
abrirle mi pecho amante,
valor al suyo daré
y perdiera suplicante
lo que severo obtendré!
JOSÉ. ¿Merece severidad
una buena inclinacion?
Respóndeme.
ANS. No en verdad.
JOSÉ. Pues si tu hijo á la ciudad
va á cumplir su obligacion;
si él mismo lo quiere así,
¿le dejarás que se vaya
sin ver tu llanto; dí?
¿ó tan alto su amor raya
qué va á perjurar por tí?
ANS. Hermano...
JOSÉ. ¿Tú criminal?
ANS. ¡José!
JOSÉ. ¿No ves de la sima
el hondo seno infernal?
¿no te miras en la cima
de la pendiente del mal?
ANS. ¡Oh!
JOSÉ. ¡Detente, hermano mio!
que si un solo paso das,
tus piés hallan el vacío,

y despeñado caerás
en el abismo sombrío.
No renuncies á las galas
del cielo: para tu pié;
que Dios tus acciones vé;
que te está abriendo sus alas
el arcángel de la fé.

ANS. No; mis piés no se detienen
que son tus temores vanos;
con Dios mis obras se avienen
y aquí firmes se mantienen
mis sentimientos cristianos.

JOSÉ. Cristianos...

ANS. Sí.

JOSÉ. Y al dolor
á un hijo has de condenar.

ANS. Javier se quiere ordenar.

JOSÉ. Mas ese amor...

ANS. Ese amor...

JOSÉ. ¿Qué?...

ANS. Lo tendré que olvidar.

JOSÉ. ¡Quién sabe!...

ANS. Para esas penas
la ausencia es un buen remedio.

JOSÉ. ¡Y si á morir le condenas!

ANS. ¡Eh! con tierra de por medio...
verás...

JOSÉ. De asombro me llenas.

ANS. Los amores hoy en dia
se olvidan pronto, José.

JOSÉ. Otro tu dicho seria
si Rita...

ANS. Yo me casé
porque así me convenia.
Es un contrato cualquiera.
Pronto mi hijo olvidará...

JOSÉ. ¿Pero esa niña, qué hará?

ANS. Si otro encuentra que la quiera,
por contenta se dará.
Lo de amorosos dolores
y de suspiros y flores,

son cuentos de la niñez.
¿Piensas tú que sus amores
han de matarla?

JOSÉ. Tal vez.
Y escucha: puesto que el cielo
quiere que descorra el velo
que cubre una horrenda historia
que fué asombro de este suelo;
ayuda tú á mi memoria.
¿Entre los casos estraños
que hayan podido pasar,
no podrias recordar
uno que hace muchos años
llenó de luto al lugar?
¿No está en tu memoria impreso?
¿no has soñado nunca ver
despeñada una mujer?

ANS. ¡Calla! ¡ese horrible suceso
cuanto me hizo padecer!

JOSÉ. ¡Angelina!..

ANS. ¡Muerte atroz!
¡aún veo el cuerpo veloz
que del monte se derrumba!

JOSÉ. ¿Si? Pues escucha su voz
que oigo salir de la tumba.

ANS. Tú sabes...

JOSÉ. Es necesario
el misterio descifrar.

ANS. Hoy es el aniversario...

JOSE. Calla, que se alza el sudario
y Dios la permite hablar.
(Saca la carta y la lee á ANSELMO.)
«En presencia de la muerte,
»paz eterna; amiga fiel;
»guardadora del dintel
»de la oscura eternidad;
»lago de blancas espumas
»escondido entre las palmas
»por donde pasan las almas
»al mundo de la verdad;
»estas líneas, las postreras

»de la historia de mi vida,
»escribo por despedida
»con la pluma del dolor;
»pues ya que á eterno martirio
»me ha de condenar el cielo,
»quiero salir de este suelo
»entre suspiros de amor.
»¡Ay! nuestros padres tiranos,
»que nunca amor han sentido,
»reducirnos han querido
»á eterna condenacion.
»Dichoso tú que del templo
»en la nave solitaria
»aduermes con tu plegaria
»los ayes del corazon.
»Pero yo, que en medio vivo
»de las pasiones mortales,
»en vano para mis males
»busco remedio eficaz.
»Fuerza es que mi vida acabe
»y encuentren en mi delirio,
»el alma eterno martirio,
»y mi cuerpo eterna paz!
»Próxima, pues, á volar
»hacia el mundo de la calma,
»de tí se despide una alma
»que fué el alma de los dos.
»Adios; mi solo deseo
»es, que en mi sueño profundo,
»tranquila me deje el mundo
»y que me perdone Dios.»

(ANSELMO, ha oido la carta dejando ver en su fisonomía los violentos afectos que le combaten.)

ANS. ¿Pero estoy soñando?

JOSÉ. No;
¡esta carta te ilumina!
firma la que se mató. (Le enseña la carta.)

ANS. Desventurada Angelina.
¿Y á quién se dirige?

(JOSÉ le muestra el sobre de la carta, y ANSELMO dice aterrado:)

¡Oh!

JOSÉ. Tu vista en su tumba fija;
y pues finó su existir,
no hagas que á Javier la hija
una carta le dirija
cual la que acabas de oir.

ANS. ¡No!

JOSÉ. Javier. (Llamando.)

ANS. Estoy vencido.
¡Nunca tal pena taladre
mi pecho!

ESCENA XI.

JOSÉ, ANSELMO, RITA, BALBINA, JAVIER.

BAL. ¡Señor!..

RITA. ¿Qué ha sido?

JOSÉ. Abrázale. (A JAVIER.)

ANS. ¡Hijo querido!
(Abriendo los brazos, JAVIER se precipita en ellos.)

JAV. ¡Ah!

JOSÉ. ¡Señor! (Al cielo.)

RITA. ¡Por fin es padre!

ANS. ¡Sal amor, que estabas preso!
si en mi paternal exceso
no me canso de besarle.
¡Ay! por qué he tardado en darle,
veinte años, mi primer beso!

BAL. ¡Señor!..

JAV. ¡Padre!

ANS. (Se abrazan.) Aquí los dos.

RITA. ¿Irás de su bien en pos?

ANS. Sí, Rita, tu dicho es fijo:
¡padre que no besa á un hijo
no es posible que ame á Dios!
¿No ves mis brazos abiertos?
(Se abrazan RITA y ANSELMO.)

RITA. ¡Ah!

JOSÉ. Mira si eran inciertos

tus pensamientos altivos.

ANS. Sí.

JOSE. (No digas á los vivos
lo que te han dicho los muertos.)

RITA. José, tu santo fervor
nuestros afectos concilia.

JOSÉ. Dadle gracias al Señor;
pues no hay riqueza mayor
que la paz de la familia.

(Grupo.)

FIN.

OBRAS

CUYA PROPIEDAD PERTENECE Á LOS SEÑORES

Gimenez y Torquemada.

Camoens, drama en un acto y en verso.
El primer beso, id. en 2 id. id.
Un cosechero riojano, id. en un id. id.
Un corazon de oro, id. id. id.

Editor: D. BONIFACIO ESLAVA.
ARENAL, 18.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

Casa del Editor, Contaduría del Teatro Eslava y librería de Cuesta.

EN PROVINCIAS.

Barcelona......	D. Andrés Vidal y Roger.
Cádiz..........	» Manuel Morillas.
Coruña.........	» Canuto Berea.
Granada........	» Miguel Talavera.
Murcia.........	» Rafael Almazan.
Málaga.........	» Francisco Moya.
Valencia.......	» Carmelo Sanchez Laviña.
Valladolid......	» Mariano Chacel y Miguela.
Vitoria.........	» Bernardino Robles.
Zaragoza.......	» José Menendez.